PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICIÓN.

Obsérvase desde hace algunos años marcada tendencia al estudio de las cosas cristianas por parte de los espíritus rectos y vigorosos: síntoma que anuncia desde luego nuevos y señalados triunfos á la eterna verdad.

Pero ese movimiento, esa tendencia, tienen su campo de acción, hasta hoy, en el círculo donde se mueven y agitan las clases ilustradas: es, puede decirse, patrimonio exclusivo del hombre estudioso. Mas aún : con relación á Francia, nótase con extrañeza su ausencia de tal progreso y desarrollo de las ciencias religiosas. Así, al menos, sucedía ha veinte años, como nos lo prueba una carta inédita, fecha 19 de Mayo de 1841, escrita por M. Champollion Figeac al sabio cuanto malogrado abate Greppo, casi el único francés dedicado á aquellos estudios en esa época, y del que tuvo la honra de ser discípulo el autor de estas líneas.

«Las materias que constituyen vuestro preferente estudio, dice el ilustre egiptólogo, se miran en Francia con tanta indiferencia, que no parecen sino caídas en absoluto olvido. Y, sin embargo, esas materias refiérense á los orígenes de la civilización moderna, ligados y unidos á los orígenes de la Iglesia cristiana. No abandonéis vos asunto tan delicado é interesante, evitando así el que Francia entregue al olvido las útiles investigaciones acerca de las antigüedades cristianas. Siguiendo esta conducta, os habréis hecho acreedor á un doble reconocimiento, proveniente, no sólo del asunto mismo tratado, sino de la discreta y religiosa manera con que lo tratáis.»

¿Cuál es la causa de un juicio, competente sí, pero que acusa nuestra inferioridad en la materia?

Eslo, sin duda, la naturaleza de los monumentos y los numerosos recuerdos existentes en nuestro suelo; porque lógico parecía que las maravillas creadas por la Edad Media y que brillan por doquier, dado el doble atractivo ejercido por el arte y la poesía, llamado hubieran la atención del mundo inteligente. Y en verdad que las riquezas acumuladas durante tantos siglos por la fe y la actividad de nuestro padres, estudiadas son actualmente, entre nosotros, con celo digno de elogio y éxito favorable á nuestro engrandecimiento.

Ha sucedido siempre, que en la historia de la civilización cristiana hemos ocupado un lugar medio.

Respecto á la antigüedad propiamente dicha, cuyos elementos se encuentran distantes de nosotros, nada hemos adelantado desde la época en que M. Champollion Figeac escribía la carta, uno de cuyos párrafos hemos reproducido : que siempre nosotros nos alimentamos de los grandes trabajos de los italianos, trabajos que, por otra parte, se dirigen á reducido público, y además incomprensibles para el vulgo

Y, sin embargo, nuestra patria puede presentar con justo y legítimo orgullo, más de un nombre rival del de los más ilustres extranjeros. Y cuenta que no evocamos sino aquellos que con frecuencia hemos de citar en el Diccionario : el abate Greppo, cuya memoria nos es tan

querida, y M. Edmond Le Blant, nuestro eminente epigrafista cristiano, que, por sus sabios estudios sobre las inscripciones antiguas de la Galia, brillante puesto ocupa entre los eruditos.

Por otra parte, notorio es cómo el deseo de adquirir esta clase de conocimientos empieza á invadir, siquiera con lentitud, á la gran mayoría de los hombres estudiosos. El movimiento religioso que hoy, como en los tiempos de mayor fe, atrae en masa á sacerdotes y creyentes al sepulcro de los Santos Apóstoles para depositar allí las ofrendas hijas de su piedad, y los congrega en la Cátedra de San Pedro para formarle piadoso muro, contribuye poderosamente, reanimando el sentimiento católico, á despertar al menos el deseo de conocer aquellas cosas relacionadas con nuestra venerable antigüedad.

Fácil es, en Roma, intimar con los arqueólogos: allí se encuentran los distintos miembros de la Comisión de las Catacumbas: entre ellos figura como más conocido, el caballero De'Rossi, siempre dispuesto, con una complacencia rayana en exquisita galantería, á dar á conocer los artísticos tesoros á su custodia fiados. Así que cada visitante vuelve al hogar doméstico provisto de algún objeto arqueológico, recuerdo de aquellos lugares; y así cada viajero consigue nutrirse de nociones y datos, futuro alimento de interesantes, por lo científicas, conversaciones, ora referentes á los sagrados hipogeos de los mártires y de los primeros cristianos, ora relativas á las basílicas tan llenas de recuerdos y de monumentos; ya respecto á los museos tan ricos en esculpidos sepulcros, como en pinturas reproducidas de lo antiguo, como en epitafios pertenecientes á sepulturas cristianas de los distintos órdenes sociales; ya por último, sobre brillantes y espléndidas fiestas, solemnes por su religiosidad, y que por largo tiempo llenan el corazón de gratos recuerdos, como sobre aquellas grandiosas ceremonias, que en Roma, más que en ninguna otra parte, se saturan é impregnan de celestiales perfumes.

Allí existe, en verdad, un principio, un germen de iniciativa que sólo necesita estudio para ser desarrollado.

Si entramos en otro orden de consideraciones, obsérvase también, ha tiempo, que la opinión pública indica la necesidad de un intérprete que, intermediario entre los poseedores de esos conocimientos y los aspirantes á adquirirlos, prestase al individuo y á la religión servicio tan útil como el de popularizar estudios cuyo principal objetivo es la investigación de las fuentes ú orígenes de las cosas sagradas.

¡ Hermosa y noble tarea en verdad !

¿Y cómo el autor de este libro hase convertido en agente de tal misión?

Véase cuyas han sido las causas.

Invitado el autor para que colaborase en un *Diccionario de Antigüedades*, se le confió la parte referente al cristianismo: la redacción se compondría de una sociedad de personas ilustradas, dirigida por el sabio Dr. Daremberg, bibliotecario de la de Mazarino, y profesor hoy en el Colegio de Francia. Pero dedicado el autor durante diez años al estudio precisamente de las materias á su cuidado sometidas, adquirió el trabajo dimensiones tales, que impedían figurara en dicho *Diccionario de Antigüedades* sin perturbar su armónico conjunto. Entonces M. Daremberg, llevado de sentimiento tan amistoso como delicado, juzgó conveniente renunciar al derecho de censura, que no se justificaba ya, y con este motivo, el editor, M. Hachette, cuya reciente pérdida todos lamentamos, separó las antigüedades cristianas del diccionario general, con objeto de publicarlas aparte, formando con ellas independiente diccionario.

Y he ahí cómo por la fuerza de las circunstancias encontróse el autor separado de sus compañeros, con cuyo talento y capacidad contaba para ocultar su insuficiencia, y cómo encontróse además privado de ilustrada dirección.

Por modo tal, y con la timidez propia á posición ni solicitada ni querida, fué como el autor vióse constreñido á presentarse al público, reducido á solas sus fuerzas.

Llegado este caso, natural era ofrecer á los lectores indispensables garantías, para lo cual empezó aconsejándose de las personas más competentes en la materia objeto de este libro. Recurre, asimismo, á respetables autoridades, como lo son, ya los escritos y la correspondencia de M. De'Rossi, ya las particulares conversaciones con éste tenidas en dos excursiones á Roma, especialmente en la última, que, provocada por la inteligente iniciativa de M. Hachette, no tuvo otro objeto que enriquecer el Diccionario.

Desgraciadamente, la última producción del ilustre anticuario romano, concluída con la colaboración de su digno hermano M. Michel De'Rossi, se ha publicado tarde y no ha sido consultada. La *Roma sotterranea cristiana* es un trabajo definitivo en muchos puntos y un paso notable en la ciencia general de las catacumbas. Ante este verdadero monumento, el artículo dedicado en el Diccionario á ese importantísimo asunto, aparecerá deficiente é imperfecto; pero, sin embargo, facilitará una idea general de las dichas catacumbas, que todavía conservan en su interior muchas revelaciones para el porvenir: buena prueba de ello es que, después de publicada *Roma subterránea*, M. De'Rossi ha debido ocuparse en su *Boletín* (Octubre, 1864) del descubrimiento de dos nuevos cementerios, conocidos tan sólo históricamente: el de San Cástulo, situado en la vía Labicana, y el de San Nicomedes, en la vía Nomentana.

Idéntico cuidado se ha tenido por lo que respecta á la ortodoxia: en este punto, escrupulosa atención precisaba; porque entre las cuatrocientas cincuenta cuestiones, poco más ó menos, que contiene el diccionario, casi todas tienen algún contacto con el dogma: luego el error constituye forzosa herencia de la pobre humanidad, *errare humanum est*, y es fácil caer en él. Mas si á pesar de los esfuerzos hechos para evitarlo, deslizado se hubieran palabras ó frases disconformes con la fe, el autor las desaprueba sin reservas, y entrega humildemente su libro al juicio de la Iglesia. (Véase el prólogo de la segunda edición, núm. III.) Las honrosas manifestaciones á su favor hechas por venerables prelados de nuestra Iglesia, inspiran en el autor una confianza de que no duda participarán sus lectores.

Quizá la forma de diccionario dada á la obra produzca interesantes observaciones debidas á falta de conexión en los diversos asuntos que estudia y á falta de la homogeneidad tan precisa en todas las producciones científicas ó literarias. Pero aparte de que el autor no eligió la forma, tiene la que se ha preferido la ventaja de facilitar la lectura y hacerla menos pesada y molesta, adoptando, sin embargo, el plan lógico y conveniente compatible con las proporciones de un cuadro donde sólo aparece lo más culminante y florido de la ciencia. La tabla analítica que irá al fin de la obra, más aún, el artículo ARQUEOLOGÍA, proporcionarán al lector los medios necesarios á la mejor comprensión.

Y de este modo conocerá cómo el Diccionario contiene, en verdad, dentro de los justos límites, acabado estudio del estado social de nuestros padres, instituciones y monumentos.

También se ha procurado que el estudio de dichos monumentos é instituciones sea en lo posible simultáneo por la claridad con que mutuamente se iluminan elementos de importancia tanta, y de aquí el que las cuestiones á ellos relativas, como las que tocan á los usos, costumbres y disciplina, se ilustren asimismo, para la mejor inteligencia, con pinturas, esculturas é inscripciones figuradas en convenientes grabados. Los trabajos de los Santos Padres y los de otros escritores sagrados, como las decisiones y acuerdos de los Concilios, despojarán á los monumentos del impenetrable misterio en que estuvieran como envueltos.

Quizá se diga que obrar así es llevar los asuntos eclesiásticos á nueva vía, siquiera ésta los explique mejor; y en efecto, tal sucede, porque no es otra la misión de la arqueología, última ciencia recién venida á los dominios de la teología.

Lector habrá que espere encontrar en esta obra revelaciones y descubrimientos; pero no: que el principal objeto de libros como el presente, es, en primer término, el de hacer agradable

la ciencia, poniéndola al alcance de los más y empleando para conseguirlo exposición sencilla, clara y breve, de los conocimientos que hasta el día fueron patrimonio exclusivo de las clases ilustradas: éstas deben ser las tendencias, no la exhibición de novedades.

Conviene, sin embargo, mantenerse á igual distancia de esos prontuarios técnicos en que de abreviado modo se nos habla de toda clase de conocimientos, sin darnos ni los medios de comprobar su exactitud y veracidad, y tampoco adelantan en la ciencia, que de aquellas producciones pesadas y molestas de suyo, que ponen á elevado precio el placer de instruirse, y que sólo la ambición de saber induce á estudiarlas.

Debemos manifestar, antes de concluir, que el Diccionario resulta dispuesto de modo que pueda ser útil: primero, á los sabios, sirviéndoles de instrumento mnemónico que con facilidad les recuerde textos y monumentos ya conocidos; segundo, á los principiantes, de medio de estudio, completo en cuanto lo permita la brevedad con que se trata cada cuestión, y además de cita exacta de las fuentes indispensables para conseguir la adquisición del mayor caudal posible de conocimientos; tercero, y á toda clase de personas, por último, de lectura agradable é instructiva de materias siempre interesantes y generalmente desconocidas.

Los grabados, cuando el asunto lo ha requerido, son copia de los mismos monumentos, y muchos inéditos. Si los monumentos no se conservan, ó su estudio directo ha sido difícil, se tomaron los grabados de las obras más completas en la materia y de más crédito. También se han preferido los objetos clásicos á los extraordinarios y raros, siquiera de sumo interés sean éstos por sí mismos, pero que no se refieren directamente á las generalidades de la ciencia como aquéllos.

Bagé-le-Châtel, 15 de Diciembre de 1864.

SABINO CHAVEZ PRESBITERO IRAPUATO

APROBACIÓN DE MONSEÑOR MARCHAL,

OBISPO DE BELLEY,

Á LA SEGUNDA EDICIÓN.

Belley, 7 de Julio de 1877.

Señor canónigo:

Os prometí leer los nuevos artículos con que enriquecido habéis vuestro Diccionario de Antigüedades Cristianas, y aprovecho el primer momento de libertad para dedicarme á conocerlos: todos los he leído, y extraordinario placer me han proporcionado algunos.

Esos artículos darán, á no dudarlo, relevante mérito á esta edición de vuestra obra; porque ninguno de ellos deja de ocupar dignamente el lugar que le corresponde en esa galería, donde las antigüedades cristianas, después de coleccionadas con erudición, á la que nada escapa, y clasificadas con orden y método admirables por la precisión, se discuten, aprecian é interpretan con firme crítica, exquisito gusto y clara inteligencia de los asuntos religiosos. En esos nuevos artículos, como en toda la obra, los hombres de recto juicio aplaudirán la clara exposición y lo sobrio del estilo, brevedad y concisión que no perjudican, no, á lo correcto y elegante del decir.

¿Y qué diré de los grabados que en gran número habéis aumentado para esta edición? Digno y conveniente adorno son de vuestro libro, y su mejor elogio es decir de ellos, como del estilo, que á un tiempo recrean é ilustran.

Olvidaba, señor canónigo, que habéis pedido mi aprobación: natural y justificado es ese olvido: las agradables impresiones en mí producidas por la lectura, son la causa. No sé si necesario será un juicio mío, dadas las mejoras hechas á la edición anterior: de todos modos, con el mayor gusto uno mi voto al de mi venerable antecesor Mgr. de Langalerie.

La aceptación con que la obra fué recibida, tanto por el clero como por los ilustres representantes de la ciencia, prueban lo justo de aquella censura. Esos hombres de ciencia os han admitido en sus filas, porque ven en el Diccionario, no sencilla colección de artículos, ni una especie de inventario de los conocimientos científicos hasta el día adquiridos en la materia, sino una obra, verdadera fotografía de personales esfuerzos, y en la que aparecen unidos los propios con los ajenos descubrimientos.

Pero lo que sobre todo me obliga á considerar como de indiscutible mérito vuestro trabajo, y á recomendar su adquisición á nuestro clero, es que, indudablemente, es el más poderoso auxiliar para el conocimiento de la simbólica cristiana, de la liturgia sagrada y de cuanto se relaciona de algún modo con las diversas ramas de la ciencia eclesiástica.

En la Iglesia todo vive, todo habla, todo enseña: sus edificios, sus vasos sagrados, sus ornamentos, sus ritos y ceremonias, en una palabra, todo corresponde á los misterios que venera, á las verdades que predica, á las leyes que observa, á los sagrados recuerdos que forman su pasado, y á las grandes esperanzas en porvenir ménos preñado de dolores que el nebuloso presente.

Así como el alma vivifica al cuerpo y se revela en cada uno de sus órganos y en cada uno de sus actos, así la fe de la Iglesia resplandece y se manifiesta en toda su existencia exterior. Pues del mismo modo, señor canónigo, ningún libro da á conocer, como el vuestro, esa íntima relación entre los misterios y las verdades de la religión, por una parte, y sus manifestaciones sensibles y reales en el culto externo y la liturgia, por otra. ¡Qué fecunda enseñanza la de nuestras iglesias, nuestros ornamentos, nuestras ceremonias, si los cristianos de hoy los conocieran como aquellos cristianos de la antigüedad, cuyos monumentos estudiáis!

Pero ¡ay! no basta explicar tan venerandos símbolos; es preciso algo más; es indispensable defenderlos contra la malicia y la falta de criterio á que se ven expuestos en las reproducciones

que de ellos se hacen á nuestra vista; porque ignorando su origen y significación, se califican como meros adornos que realzan el arte; y aun á las veces sucede que se prefiere ser artista, cuando convendría ser cristiano.

Ojalá que vuestro Diccionario se convierta en una especie de manual de esos símbolos, donde el clero adquirir pueda, no sólo una ciencia limpia de toda suerte de impurezas, sino un claro conocimiento que le fortalezca en su fe y le haga formar vigoroso juicio, bastante á preservarle de cuanto se oponga á las verdaderas tradiciones de la Iglesia.

Con una autoridad que no tengo, os dirán algunos que habéis merecido bien de la ciencia, lo cual honrará á mi diócesis; pero á vuestro obispo es más grato saber que prestado habéis un gran servicio á la Iglesia al publicar un libro en el cual se encuentran unidas inquebrantable fe y delicada crítica, y un gusto literario todavía más delicado, á un profundo sentimiento religioso.

Recibid, señor canónigo, la expresión más afectuosa de este humilde servidor en N. S.

† JOSEPH, *Obispo de Belley.*

PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICIÓN.

I. Favorable acogida y benévolo juicio ha merecido del público la primera edición de este Diccionario: los respetables miembros de nuestro ilustre episcopado, no sólo bien lo reciben, sino que le prestan su valioso apoyo: los hombres eminentes por su saber, con gusto lo aceptan; y los órganos de la publicidad, periódicos y revistas literarias y científicas, nacionales y extranjeros, le dedican sus columnas, y desde ellas le tributan inacabables elogios. Y merced á la suma de tan poderosos como variados votos, nuestro modesto libro adquiere crédito y fama ante el público religioso é ilustrado.

Superior el éxito á sus esperanzas, el autor no podía, no, olvidar la deuda de reconocimiento contraída, ni la obligación de introducir mejoras en su obra; así es que se consagra á ella con ardor y entusiasmo, felicitándose de que los años transcurridos desde la primera aparición del Diccionario han sido por él aprovechados para completarlo y perfeccionarlo, haciéndolo digno del aprecio y estimación que se le concediera. Ha vuelto á consultar cuidadosamente libros y monumentos; ha seguido sin descanso y con anhelosa atención los descubrimientos y progresos realizados en la materia objeto de su estudio; y, por último, ha recurrido al claro talento y amabilidad de los maestros de la ciencia, y obtenido sus consejos y poderosa ayuda. Nombre eminente sobresale, entre todos, en las páginas de este libro: el del sabio comendador De'Rossi, indiscutible príncipe, en lo sucesivo, de la arqueología cristiana. Cuanto el autor debe á sus obras y á las complacencias de su envidiable amistad, se resume en el homenaje del agradecimiento que el poeta tributó á la Musa que lo inspirara: *si placeo, tuum est.* (Horat. *Carm.* IV, III, 24.)

Otro arqueólogo, M. Edmond Le Blant, consagrado especialmente á las antigüedades de la Galia, siempre se mostró dispuesto, con incomparable y plausible solicitud, á entregarle los tesoros de su erudición y á prestarle desinteresado concurso. Interesantes datos, preciosas noticias han facilitado distinguidos sabios, á los cuales se les envía desde aquí el más elocuente testimonio de inmensa gratitud: M. el barón de Witte, miembro del Instituto; M. Fr. Lenormant, profesor de arqueología en la Biblioteca Nacional; M. Ant. Héron de Villefosse, conservador agregado del Museo del Louvre; M. el marqués Melchor de Vogüé, tan conocido por sus trabajos sobre las iglesias de la Tierra Santa y sobre los edificios religiosos y civiles de la Siria central; los profesores Delvigne, en Malinas, Kraus, en Bonn, y otros muchos, son á los que nos referimos.

II. ¿Qué ventajas ha conseguido el autor con los elementos enumerados, y qué diferencia establecen esas ventajas entre la edición anterior y la presente? Esto es, precisamente, lo que vamos á explicar.

Aunque en el fondo no hayan sufrido alteraciones, casi todos los artículos primitivos del Diccionario han sido reformados, y los restantes, ó se modificaron ó ganaron en extensión.